

14.ª División

SEMANARIO DEL FRENTE

AÑO I

NUM. 17

A
L
A
T
A
Q
U
E



Ayuntamiento de Madrid



Imitemos al héroe



¡SOLDADOS!

Hace días, pocos días, se ha cumplido el aniversario de la muerte de Durruti, del compañero ejemplar que todo lo supo sacrificar a la causa de los proletarios, a la redención de los humildes, a la dignificación de los parias. La muerte lo sorprendió en los días enfebrecidos del Noviembre de 1936, junto a los héroes que con sus corazones hicieron parapetos para cerrar el paso a las tropas fascistas, junto a los compañeros que lucharon con él en Barcelona primero y por las rutas heroicas de Aragón después. Su conducta fué siempre una línea recta; totalmente entregado a la guerra y a la Revolución solo para la guerra y la Revolución vivía y por la guerra y la Revolución murió.

En él, en su figura agigantada por el transcurso de un año, en su hombría revolucionaria y en su heroísmo a toda prueba, encuentran los trabajadores españoles los hoy soldados del ejército popular, el modelo a imitar, el ejemplo de sacrificio y de abnegación a seguir.

La victoria sólo puede ser fruto de abnegación y de heroísmo, el triunfo es el premio de quienes han sabido superarse así mismos, de dominar sus instintos de conservación de la vida individual, y de inmolarse su futuro y su bienestar a la afirmación de sus ideales. Eso fué Durruti. El hombre que sin pensar siquiera en serlo se convirtió en auténtico jefe popular, el hombre que supo renunciar a todo menos a la victoria; el hombre que supo dominar la materia para que solo luciera su limpio ideal sobre la faz de todos los pueblos del mundo.

¡Soldados! Durruti, sin acordarse para nada de la vida cómoda y regalada que podía haber seguido, ocupó el puesto avanzado que su historial revolucionario le encomendaba. Durruti; que podía haberlo sido todo, prefirió ser un soldado más, un proletario que arma al brazo habría rumbos de libertad y de redención por las tierras que el fascismo quería arrebatar —que había arrebatado ya—, a los trabajadores españoles. Durruti fué guisa y ejemplo y hoy se ha convertido en símbolo y bandera. Símbolo de coraje y hombría; bandera de sacrificio y de victoria.

En la figura gigantesca del compañero ejemplar, se aunan todos los requisitos, todas las condiciones que son necesarias y suficientes para obtenerla victoria definitiva. Durante su vida fué guía indiscutible de los proletarios españoles; y después de muerto, continúa marcándonos claramente el camino a seguir para que la paz y la libertad inunden de luz y alegría todos los campos españoles. Imitemosle. Imitemos al héroe, proletarios de España.

¡Por la victoria del pueblo!

¡Por el triunfo de la Libertad!

El Comisario de la División

M. VALLE

Documentos irrefutables de la barbarie fascista

El horror de la vida en la España de Hitler

Sabíamos bastante ya sobre la barbarie fascista. Cien y mil veces habíamos escuchado los trémulos relatos de los fugitivos de la España invadida por las hordas extranjeras. Teníamos noticias de sus robos, de sus crímenes, de sus violencias de todo género y condición. Conocíamos—porque lo habíamos sentido en la carne viva de nuestras ciudades y nuestros pueblos, de nuestras mujeres y de nuestros hijos—la furia bestial, el instinto homicida que les empuja a vengar sus derrotas contra las inermes poblaciones civiles. Pero, aun conociendo todo esto, nos faltaba un relato sereno y sincero, imparcial y ecuánime, sobre la vida en las ciudades que lloran bajo el látigo de Mussolini e Hitler. Los evadidos, los soldados que llegaron por millares a nuestras líneas, nos traían una visión parcial y personal del infierno azul. Nunca, en ningún momento, habían dejado de sentir sobre sí y sus familiares el peso de una amenaza mortal. Nunca pudieron ser ni considerarse espectadores para contemplar y comprender todos los infinitos aspectos de crueldad que guarda el refinamiento de las mesnadas rifeñas, portuguesas, germánicas e italianas que se han adueñado de media España. Ahora, recientemente, hemos logrado tener ese relato sereno e imparcial que echábamos de menos. No lo ha escrito un hombre de izquierdas, un revolucionario, ni siquiera un republicano. Es un abogado católico, secretario del Juzgado de Burgos, individuo de mentalidad francamente reaccionaria, quien, asfixiado por la barbarie y el crimen, escapa de la levítica ciudad castellana, cruza la frontera y escribe en París un libro desapasionado y sensacional. No es que Ruiz Villaplana—autor del libro “Doy Fe...”—sienta simpatía ni por nuestra causa ni por el pueblo. La mejor muestra es que ni ha venido a la zona leal ni ha publicado en ella su libro. Lo ha editado en Francia, donde reside desde hace pocos meses y de donde seguramente no piensa moverse. En primer lugar, porque luego de escribir su relato emocionado y veraz, no podrá regresar a la España negra. Y en segundo, porque él no siente como suya la causa del proletariado español. Pero este hombre de espíritu derechista, este Ruiz Villaplana, abogado y conservador, nos ha hecho, sin proponérselo, un maravilloso servicio al escribir este libro admirable, por lo que tiene de revelación de la vida en la España vejada.

Empieza a comprenderse, a través de este relato, todo el dramatismo de la vida en la España facciosa. En una provincia reaccionaria como Burgos, donde los hombres de izquierda estuvieron siempre en pequeña proporción, ascendía a varios

millares el número de asesinatos. Pueblos enteros hubo—Castrogeriz, Aranda, Miranda de Ebro, etcétera, etc.—donde, fuera de los señoritos, no quedó en pie un solo hombre. Y si esto hicieron en una ciudad y en una provincia clericales hasta los tuétanos, fácil es de suponer lo que en otras partes habrán hecho. En Sevilla, por ejemplo. De Sevilla se ha publicado, ahora también, un admirable folleto —“El Infierno Azul”—, obra del actor Edmundo Barbero, a quien la rebentón sorprendió en Córdoba. Y en ese folleto consta la única declaración del capitán Díaz Criado—el asesino del Parque de María Luisa, en 1931—, de que hasta el día 5 de noviembre de 1936 había firmado, solo en Sevilla, 11.000 ordenes de asesinatos.

Pero acaso en ambas narraciones de testigos presenciales—en el libro del abogado de Burgos y en el folleto del actor que pasó trances amargos en el feudo de Queipo—no es lo más interesante el relato de los crímenes, ni el número de éstos, ni siquiera el sádico refinamiento de que dieron abundantes pruebas los enemigos del pueblo. Todo esto, con más o menos detalles, lo conocíamos ya. Lo trascendente es que en ambos se respira todo el horror de la vida en las ciudades y los campos dominados por el fascismo. Se advierte, en primer término, la prepotencia repugnante de alemanes, italianos y portugueses; la bestialidad suelta de la morisma, que roba y saquea bendecida por obispos gordos y sonrientes; la negrura de una zona donde todos tienen que andar con escapularios y medallas colgadas del cuello, rezando mañana y tarde misas, letanías y rosarios, bajo la mirada inquisitiva y amenazadora de la beatería andante y de los curas trabucaires; las jornadas de trabajo agotador y los salarios misérrimos, que no alcanzan ni para mal vivir; la vida de crápula y desafío constante de los señoritos erigidos, como en pleno medioevo, en dueños de vidas y haciendas, etc., etc.

Merecen ser conocidos y divulgados los dos libros. Merece la pena que todos los españoles los conozcan. No porque cuanto en ellos se dice no fuera sospechado desde un primer instante por nosotros, sino porque trazan magníficamente la agonía en que viven los hermanos que aún no fueron asesinados en las tierras donde domina la facción extranjera. Cualquier español, cualquier hombre digno y libre, siente, al conocer la verdad, que se le colorean de vergüenza las mejillas y que la ira le muerde en el corazón. Y al conocer toda esta verdad se tienen dobles deseos de aplastar al fascismo y recuperar para España, para la civilización y para la humanidad los campos y las ciudades por donde hoy se pasean las alimañas del fascismo internacional.



En el campo destruido

Todo lo que se diga sobre el enorme heroísmo de los campesinos aragoneses resulta poco si lo comparamos con la realidad admirable. Hombres firmes, seguros de sus destinos, aferrados al ideal liberador, no vacilan en sacrificios cuando se trata de realizar la aportación necesaria para conseguir el triunfo en esta guerra definitiva. Muchas veces los campos de Aragón, regados por la sangre fecunda de los soldados del pueblo, se tiñeron también con la vertida por los agricultores incansables. Se pusieron en cultivo, a pesar de encontrarse muy próximas a la línea de fuego, grandes extensiones de tierra que, fértil y agradecida, dió un rendimiento adecuado a los trabajos que hubo necesidad de realizar para obtener el precioso producto. Los campesinos aragoneses se consideran satisfechos y dan por bien empleados los sudores que vertieron y los peligros que tuvieron que afrontar en largos meses de trabajos constantes.

De Lércera a Belchite

Se encontraban las avanzadillas, hasta hace unos días, entre estos dos pueblos de la provincia de Zaragoza. De uno a otro se extiende una amplia zona de tierra laborable que se

dedica al cultivo de cereales y cuyo rendimiento es de notable consideración.

La mejor parte del terreno se hallaba emplazado en la zona neutral, bajo el fuego faccioso. Sin embargo, los agricultores leceranos arrojaron la aventura y sembraron concienzudamente la mayor parte de tales fincas. En el momento oportuno realizaron las faenas de recolección bajo la metralla enemiga, que disparaba contra ellos con saña feroz. Algunos trabajadores cayeron muertos o heridos por los proyectiles traidores. También sucumbieron en los lugares de trabajo cabezas de ganado traspasadas por el plomo enemigo. Pero el sacrificio floreció exuberante y la cosecha fué recogida en su espléndida totalidad. Hoy los pueblos próximos a Belchite se encuentran perfectamente abastecidos y han resuelto, con la abnegación de sus agricultores, un palpitante problema de gran magnitud.

La cosecha de azafrán

Coincidieron las resonantes operaciones desarrolladas recientemente con una faena característica en las proximidades de Zaragoza: la recolección del azafrán. Se disponían los hombres y mujeres a verificarlo cuando comenzaron los grandes combates que tuvieron lugar en

Al filo de la guerra

Rosas de azafrán manchadas de sangre



Soldados, mujeres y flores

los campos donde florecía tan valiosa cosecha. Las azuladas rosas del azafrán se tiñeron de sangre. No obstante su delicadeza y los destrozos causados en el campo donde florecieron, quedó todavía gran cantidad para ser recogida. Aún resonaban los estampidos tremendos de las grandes batallas cuando nutridos grupos de personas, en su mayoría mujeres y niños, recogían precipitadamente las pintadas flores. Habían creído, quizás con más fuerza y color, al ser regadas por la sangre heroica de tantos héroes inolvidables.



Más tarde, las estrechas calles de los pueblecillos del frente se cubrieron de flores azules. Parecía que se engalanaban para recibir a los combatientes que regresaban victoriosos de las trincheras. A la puerta de cada casa varias mesitas diminutas se hallaban cubiertas por montones de rosas, y manos femeninas, nuzeladas con manos callosas de viejos cansados y de niños que entran ya en la senda del trabajo, comenzaron a baranjar las flores, estrujando su esencia roja del azulado ro-

paje. Las rosas, sangradas ya, se arrojaban a los valientes que volvían gozosos después de la pelea.

Y estos hombres fornidos, fogueados, curtidos en la lucha, dejaron un momento sus fusiles humeantes para unirse a la gente del pueblo. Junto a las

cabezas rizadas de las mujeres, canas de los viejos e inquietas de los niños aparecieron cascos de acero que ensombrecían los tostados semblantes de los luchadores. Sus manos, agarrotadas por el fusil, buscaron la suavidad de las manos femeni-



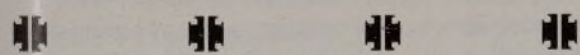
nas, y entre las flores que se prestaron al juego inocente, se transmitió a los cuerpos mozos

una sacudida de voluptuosa felicidad.

Samuel DEL PARDO



Cantera de héroes



En incesante y continuo rodar, divísase, allá en lo lejos, el avance majestuoso y acompañado de una interminable caravana de vehículos que, impecablemente alineados, van deslizándose a través de una carretera tan fina y blanca, que da la sensación de haber sido trazada por un pincel impregnado de albayalde, con marcado propósito de hacer resaltar la peligrosidad de su serpentineada construcción.

El espectáculo que ante nuestra vista se ofrece, es fantástico y absorbe de lleno nuestra atención. Ha transcurrido brevísimo lapso de tiempo, cuando se hace perceptible a nuestro oído el eco de diversas canciones, que, aunque entonadas con el característico desorden propio en estos casos, nos permiten reconocerlas: son las canciones que glosan la grandeza de nuestro querido ideal.

Ahora pasa el primero de los coches ante nosotros, y ya no nos cabe duda de quiénes son. Lo sospechábamos, y no nos hemos engañado. Sigue el desfile motorizado, y la muchachada que lo compone, alzando el puño, nos saluda, profiriendo gritos entusiastas que exteriorizan el júbilo que encierra su alma joven. Nosotros correspondemos al saludo con idéntico fervor y profundamente emocionados. Conocemos con exactitud precisa el historial limpio y glorioso de quienes cambian con nosotros el saludo en estos momentos, y no podemos ocultar la impresión gratísima que nos produce el ver de nuevo a esta división mil veces heroica. Vemos caras de hombres curtidos en la lucha, que, por su aspecto tranquilo y sereno, dejan ver a simple vista su veteranía de quince meses de guerra. Entre éstas mézclanse otras caras, algunas de ellas imberbes aún, que, contagiadas de hombría y rebosantes de optimismo, confúndese fácilmente con el resto, pues no ofrecen vestigio alguno de ser bisoñas, y rien satisfechas. Son las caras de los nuevos reclutas que no pueden reprimir el franco y sincero orgullo que les produce el hecho honroso de pertenecer a una cantera inagotable de héroes.

Uno tras otro continúan pasando los coches; los saludos, los gritos y las caras risueñas no terminan. Todos los muchachos, abso-

lutamente todos, parecen marchar unidos por un mismo pensamiento; van dispuestos a repetir, una vez más, las gloriosas y heroicas jornadas que esta división supiera ya en otro tiempo escribir con la sangre de sus mejores soldados.

Esta tierra sabe mucho de ello, porque sobre ella estos valientes realizaron en más de una ocasión proezas y jornadas preñadas de abnegación, valor y heroísmo, que, si bien pueden ser igualadas, no podrán superarlas ajenas a ellas: las cuales encontrarán su nunca bien pagada recompensa pasando a ocupar un lugar prefiriendo los coches; los saludos, narrarán la epopeya que vive el pueblo español en defensa de su libertad, en defensa de su independencia.

El pueblo lo sabe y, enorgullecido, vibrando pletórico de entusiasmo, comparte con ellos el néctar delicioso de las victorias y el amargo dolor de las adversidades. También llora, con lágrimas salidas de su rojo y noble corazón, a sus mejores hijos caídos en la lucha, a los hijos de su entraña, que, en defensa del suelo patrio, supieron morir como hombres y

con un grito de libertad en sus gargantas.

Así es como mueren, cuando es preciso, estos muchachos; así es como murieron muchos de ellos: de cara al peligro, desafiando al plomo enemigo, reconquistando la tierra que le fué robada al pueblo. Su espíritu no parco vive y lucha en su puesto, cual arma automática dentro de la división. Ante éste, la metralla enemiga retrocede impotente: bien sabe que es invulnerable.

Terminaron de pasar los vehículos, y se van apagando las voces. Comienza de nuevo a percibirse el eco de las canciones.

La caravana, alejándose, deja tras sí una estela blanca saturada de optimismo y fe en el triunfo final.

Nosotros no quisiéramos perderla de vista, pero ahora va perdiéndose allá... en lo lejos...

Aún divísase el tremolar arrogante de su invicta bandera. Con la vista fija en ella, todos levantamos el puño y un grito emocionado sale de nuestras gargantas:

—¡Salud, 14 división!

A. PEINADO.

« Orientándonos



lor ni las torturas de la guerra modifican el espíritu avezado ya a los sufrimientos. Nos hemos convertido en seres estoicos. Sólo de vez en vez asoma a nuestro espíritu, insensible a los peligros de la guerra y suprasensible a sus calamidades, un rayo de humanidad.

La caras tostadas. Los cuerpos fatigados. El espíritu en un eterno dualismo entre los dos polos opuestos de la sensibilidad. El corazón sufre torturas de querer. La imaginación vuela más alta. En un eterno devaneo espiritual sube el alma a la cumbre. Vuela, vuela cual cóndor, sobre las cumbres de sus ilusiones. Ni el trabajo la agota ni el tiempo la fatiga.

Siempre en continuo ejercicio nervioso, deja bañar su bronceada cara en la plateada luna. Todas sus ilusiones están some-



tidas al funcionamiento normal del sistema nervioso.

El sér, todo el sér, está plétórico de emociones. El horror de la guerra es un nuevo alabonazo en la puerta de las conciencias humanas. Antes que hombres que luchan por su ideal somos hombres que pensamos y que sentimos.

«KALAMOS»

Profesor del 4.º Batallón,
70 Brigada.

¡Qué horrible es la guerra! Es el despertar de una mañana. El alma está llena de ilusiones. Aún reverberan en las límpidas ondas de su conciencia los focos de los recuerdos. El sér está satisfecho de su vivir. La luna ha bañado durante la noche su bronceada cara. Ahora los primeros rayos de Febo hacen brillar sus tostados miembros. Todo es vida. La ilusión llena su espíritu de optimismo ante una tragedia: la guerra.

Es también el despertar de una mañana. Ligeros tintineos sacuden nuestra pereza. El sistema nervioso comienza a fun-



cionar normalmente. Ya nos conocemos. Ese estado de insomnio que nos había dominado ha dejado paso al funcionamiento regular de las neuronas y dendritas. El árbol de la sensación se cubre tupidamente de fruto. Son bombas, obuses, tableteo de ametralladoras. ¿Cuándo se puede explicar mejor la diferencia entre el estado del sueño y el de la vida activa? ¿Cómo no comprender la aceleración en el sistema nervioso cuando una fuerza extraña nos domina?

Serenidad. Tranquilidad de espíritu, condición indispensable para trabajar. Hay momentos en que dudamos de ello. Nos sentimos arrastrados por una excitación nerviosa. Trabajamos más. Con más ardor. Ni el ca-



« Milicias de la cultura

Una legión de jóvenes portadores de la ciencia y el saber, ha irrumpido en las trincheras. Arma al brazo—un libro—, van dispuestos a luchar contra el fascismo al lado de los combatientes. El fascismo, como sistema de destrucción, arremetió contra todo lo que significara cultura, y al reto acuden estos sus milicianos para salvarla. Junto a cada bayoneta dispuesta al ataque, un miliciano de la Cultura dispuesto a derramar su sangre y, al mismo tiempo, su saber entre los soldados que, por carecer de medios, no aprendieron los más elementales conocimientos. Junto a cada corazón palpitante de ardor heroico, una de esas «Cartillas antifascistas» que son un arma eficaz y una batalla ganada al

fascismo. Junto a cada heroico combatiente, un libro y una pluma. Hay un cartel de las Milicias de la Cultura, donde se hallan condensadas todas sus actividades y toda la formidable labor llevada a cabo en los frentes de combate. Se trata de la reproducción de algunas de las tarjetas que fueron editadas por el ministerio de Instrucción—para controlar los adelantos conseguidos—y recibidas en dicho departamento. En todas ellas, pueden leerse frases llenas de emoción y agradecimiento. Rebosa en estas palabras—dictadas por el corazón—la satisfacción que les causa el poder expresar por ellos mismos lo que piensan y sienten. Estos heroicos muchachos, que al marchar al frente no sabían leer ni escribir, sienten cómo sus cerebros descifran poco a poco lo que antes no comprendían y cómo su mano—temblosa por la emoción—plasma en el papel lo que su pensamiento les dicta. Estos trazos, aún inseguros, es el mejor homenaje que puede hacerse a un ministro que tan certeramente se hizo cargo del ansia de saber y del hambre de cultura que sufría la juventud española, y, a la vez, el mayor elogio a las Milicias de la Cultura.

Ramón MELERO

(Grupo sanitario de
la 136 brigada
mixta).

Colecciones de dibujos de Frente Libertario

En el presente número de LA 14 DIVISION, ofrecemos a nuestros lectores un dibujo de Macho modernísimo de expresión y de audacia, como todos los que componen la colección de ellos, que viene publicando «FRENTE LIBERTARIO» y que nos ceden gustosos para su mayor difusión. Estimando que con ello servimos los gustos artísticos de nuestros lectores, aceptamos la donación.



Juramentos líricos

*Héroes de la lealtad,
que del honor al arrullo
fuisteis de la patria orgullo
y honor de la Humanidad:
En la tumba descansad,
que el valiente pueblo ibero
jura con rostro altanero
que, hasta que España sucumba,
no pisará vuestra tumba
la planta del extranjero.*

(«Al Dos de Mayo», de
Bernardo López García.)



¡Cuántas veces oímos recitar estos versos en aquellas solemnidades que se hacían llamar patrióticas!

¡Cuántas veces se trajeron a escena las brutalidades de la invasión y cuántas otras se prodigaron las arrogancias líricas del honor y la valentía!

¡Y qué tranquilo quedaba el «honor» de aquellos que por su profesión debían mantener intacto el de los que fueron «de la patria orgullo y honor de la Humanidad»!

Las presentes circunstancias demuestran el concepto del honor que tenían aquellos hombres que juraron ante Dios y ante la bandera, por su vida y

su honor, derramar hasta la última gota de su sangre en defensa de la patria.

¡Menguado honor que les permitió disfrazar su lema de «España una, grande y fuerte»! Han querido hacer «una» España encendiendo la guerra civil más criminal que ha conocido la Historia; han querido hacer una España grande vendiendo al Extranjero pedazos de nuestro suelo, y han querido hacer una España fuerte matando a sus hijos e intentando poner el alma hispana bajo las ruedas del carro del invasor.

Esas son las aspiraciones fascistas de los traidores, que ni son españoles ni merecen serlo,

porque para ellos España no es sino el símbolo del poder con todas sus fuerzas gravitando sobre las espaldas del pueblo, que para ellos no es más que la cantera de donde sacarán el jugo del buen vivir.

Y por llegar a ello, por no perder esta situación, traicionaron, robaron, asesinaron y entregaron la España nuestra a los amos de ellos, sin acordarse siquiera de aquellas estrofas que cantaron enfáticamente en más de una ocasión, execrando al extranjero invasor y asegurando morir antes que ser esclavos.

Pero la verdad se impone siempre y el mundo ve bien a las claras que la España que

sucumbiría antes de ser hollada por el extranjero no es la España de los traidores, no es la España del contubernio italo-germánico.

El mundo ha podido ver que la auténtica España es el valiente pueblo ibero que lucha contra el invasor llamado por los traidores. España está aquí y sus hijos son aquellos que, aun sin cantar estrofas líricas, saben luchar, saben vencer y, si mueren, saben morir, porque en lo hondo de su corazón juraron a los héroes de la Libertad, con la garantía de su sangre y de su vida,

«que hasta que España sucumba no pisará vuestra tumba la planta del extranjero».

COMO HABLA EL FUSIL AL SOLDADO DEL PUEBLO

✱ ✱ ✱

Camarada soldado: Al tenerme en tus manos, quizá alguna vez habrás olvidado la importancia que tengo, no sólo para ti, sino para los tuyos y tus hermanos de clase; en más de una ocasión, y muy juntos los dos, yo apoyado en tu hombro y tú dirigiéndome, con tu heroísmo, participamos en victoriosos combates, sin errar un solo disparo.

No olvides nunca, camarada, que así como tú necesitas alimentos para reponer tus fuerzas y aseo, y limpieza para evitar enfermedades y procurarte agilidad, yo también necesito de ellos para poder responder eficazmente al primer requerimiento que me haga. Mi alimento, como el tuyo, debe ser consecutivo al aseo; después de la limpieza me basta con unas gotas de aceite o vaselina para poder soportar grandes esfuerzos sin fatigarme.

Cubre mi boca (la del cañón), para evitar que pueda entrarme agua o tierra; pero no olvides nunca quitarme el tapón cubreboca cuando vayas a utilizarme.

Cuídame, camarada. Examíname inmediatamente después de haberme hecho trabajar; observarás que los residuos de la combustión de la pólvora han quedado adheridos a algunos de mis órganos esenciales (cañón, recámara, etc.); despójame de ellos, si quieres que cumpla mi misión.

No fuerces ninguno de mis órganos sin averiguar antes la causa por la que me niego a obedecerte y fíjate en los cartuchos que introduces en mi cuerpo, para yo poder lanzar la bala con la mayor energía y sin peligro para ninguno de los dos.

Y... nada más. Que me consideres como tu entrañable amigo, como tu mejor camaradas. Pero... levántame ya del suelo y escúchame.

Por muy difíciles que sean las situaciones en que te encuentres y por nada del mundo, no me abandonaré nunca.

(De «Defensa Nacional».)

Durruti

20 de noviembre de 1936.—¡CAYO UN HOMBRE!

Eran los días negros de Madrid. El pueblo en revolución, carente de armas, sin otra disciplina que la comunidad de ideales de liberación, no había podido impedir que la bestia fascista se infiltrase en la Casa de Campo y en algunos edificios de la Ciudad Universitaria. La prudencia había obligado al Gobierno a cambiar de residencia por primera vez.

Todo el valor y toda la abnegación del pueblo en armas no había podido evitar que los proyectiles enemigos, que los aviones facciosos inauguraran en las calles de Madrid la numerosa lista de víctimas que ha producido la barbarie fascista.

El espíritu vibrante de Comités y Sindicatos llegaba a la máxima tensión, cuando sonó un nombre; un nombre que por sí solo era una garantía, una ejecutoria. Este nombre fué DURRUTI. Simplemente Durruti. El anarquista, el "bandido con carnet" que había combatido victorioso por tierras de Aragón, después de abatir la sublevación militar en Barcelona, acudió a cooperar con su esfuerzo y con su fuerza a la defensa de Madrid. Y el hombre que sin ser militar supo tener el núcleo importante de hombres no militares, pero más disciplinados; el hombre cuyas "tribus" combatían, enseñaban, construían; el hombre cuya sola presencia era la más clara expresión de valor, de prudencia, de tenacidad y de honradez, sentó sus plantas en los aledaños de Madrid y dijo, retando a los traidores, "¡No pasaréis!" Y no pasaron.

Pero... cayó el hombre. Una bala encontró su corazón. Era lo mismo. En cualquier otra parte que hubiera tocado la bala, habría encontrado corazón. Durruti era todo corazón. Un corazón que ocupaba todo su cuerpo de héroes; un corazón que tenía por fuerza que ser muy grande, porque en él cabían todos los amores del Mundo, porque en él sentían todos los males del Mundo, y tenía que ser tan grande, porque todo él estaba ocupado por el inmenso caudal de amor, de humanidad y de rectitud que es el anarquismo.

El mes de noviembre, con sus lluvias y sus fríos, se nos llevó al compañero; pero quedó el símbolo. Durruti, que era nuestro, que era de nosotros, pasó ante el Clínico a pertenecer a todos, a su amor infinito, a la Humanidad.

Durruti no cayó defendiendo esta o aquella política; Durruti no cayó sencillamente por combatir una idea opuesta; Durruti, aunque enarbolaba la gloriosa bandera rojinegra, cayó defendiendo las libertades de todos los trabajadores del Mundo, amenazadas de una manera formidable por la sublevación militar española elaborada por el fascismo internacional.

La muerte de Durruti no fué sino el complemento de lo que fué su vida; recta, ecuaníme, serena, pero enérgica, combativa, viril. Los poderes represivos de casi todos los países prodigaron sus zarpazos sobre el cuerpo del revolucionario, sin hacerle variar ni un centímetro del camino del ideal, y, a última hora, abatido por el plomo enemigo, la muerte tuvo que luchar a fondo para arrancar la vida a aquel cuerpo de titán.

Y todavía tuvo aliento para decir:

"¡Y di a los compañeros que sigan!"



Durruti, señaló a todos los proletarios españoles el camino de la victoria

Imitándole honraremos su memoria y obtendremos el triunfo

Ayuntamiento de Madrid

Durruti

Durruti, Buenaventura Durruti, nacido en las entrañas del pueblo revolucionario, de los eternos rebeldes, supo ser ejemplario de valor y de abnegación. Pero supo también ser, sin proponérselo, sin pensarlo siquiera, el ejemplo típico del soldado popular, el resumen de todas las virtudes que deben reunirse en él.

"General sin proponérselo y sin charreteras"; así se le ha llamado y así era. De empuje apasionado en todos sus actos, temerario en su arrojo sin límites, sonriente y decidido entre los mayores peligros, su figura se agiganta con el transcurso del tiempo, y cada día que pasa descubre en su fibra y en su temple nuevas cualidades que lo convierten más y más en el ídolo de los trabajadores españoles, en el ejemplo de todos los humildes, de todos los oprimidos.

Durruti supo guiar a sus hombres por las rutas aragonesas sin un tropiezo, sin una equivocación, sin un desacierto. Era la clarividencia hecha carne y puesta al servicio de la causa popular, por la que murió; de la causa a la cual, desde hacía muchos, muchos años, se había entregado sin reservas de ningún género.

En tierras de Aragón quedaba su obra y su espíritu cuando recibió la llamada angustiosa de Madrid. Y a Madrid vino iluminado por su fe en el triunfo, empujado por su afán constante de superación, decidido a que toda su fuerza material y todo su prestigio moral entre las masas populares españolas fueran el peso que hiciera que la balanza de la guerra se inclinase rápidamente hacia la victoria del pueblo. Y con él querían venir sus hombres, todos sus hombres, todos aquellos proletarios que junto a él habían luchado en las calles barcelonesas, y que con él, junto a él, habían marchado Aragón adentro. ¡Quizás instintivamente presentían que Durruti, el general sin entorchados, el héroe popular, no había de volver a tierras aragonesas!

Y Durruti quedó en la Ciudad Universitaria, frente al Clínico que pensaba y quería tomar con sus hombres, para que no continuara siendo baluarte avanzado de los rebeldes.

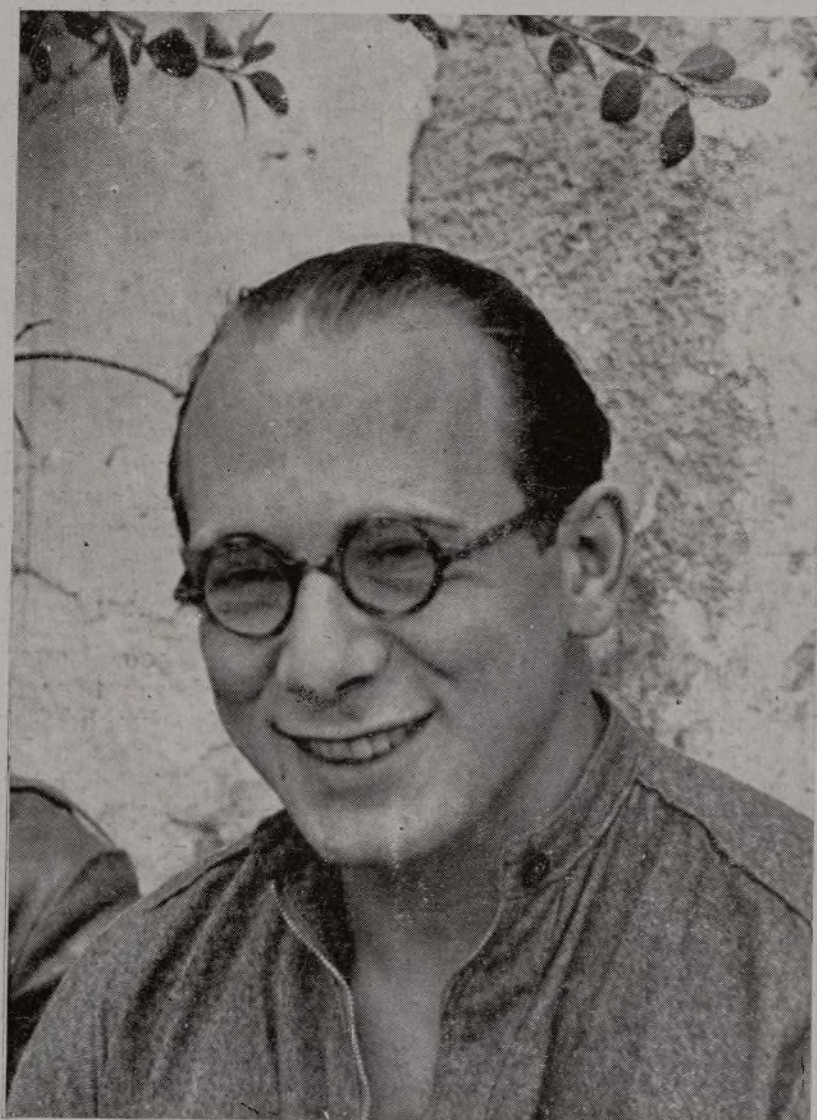
A pesar de que, después de su muerte, haya habido insensatos o irresponsables que pretendieron manchar su nombre y desconocer la gesta que aquellos camaradas esforzados supieron llevar a cabo con todo éxito, nadie, ningún antifascista español, ni aun siquiera nuestros enemigos, han dejado de rendir tributo a la figura del héroe popular. Unos ensalzando su figura, otros anunciando su muerte como un éxito, todos han hecho el reconocimiento expreso o tácito de la firmeza y de las cualidades guerreras y revolucionarias de Buenaventura Durruti.

Nos dejó, sin embargo, algo de inapreciable valor. Nos dejó claramente señalado el camino a seguir para llevar al triunfo las armas populares; y nos dejó también un ejemplo magnífico e insuperable de lo que deben ser los soldados del pueblo, los trabajadores en armas.

Hombres de nuestro ejército popular

el mayor verardini

El 18 de julio de 1936, había que improvisarlo todo. La facción había comprometido en su movimiento a los técnicos de la guerra, aún cuando la mayoría de ellos hubiesen cursado sus estudios en «cabarets» y «dancing» hispanos marroquíes. A los diez y seis meses de lucha, el pueblo español exhibe, orgulloso, ante la mirada del mundo, uno de los más peligrosos ejércitos de Europa. ¿Donde radica el misterio de esta metamorfosis, se dirán los asombrados Estados Mayores de todos los Ejércitos?. ¿Cómo podrá ocurrir en España, que un Ejército, se dote así mismo, de los elementos que precisa para oponer resistencia, y derrotar en muchos casos a perfectos ejércitos regulares, enviados a España como fuerza de choque? Y lo que es más importante aún; ¿de donde sacó él este ejército, nacido en el fragor de los combates, esos dotes técnicos que hoy le permiten tranquilizar no solo a los restos del del Ejército español, en alianza con tropas alemanas e italianas, sino a todos los Estados Mayores del Mundo?



A Verardini, siempre le vimos en técnico de nuestro Ejército. Pero como cumple a un Ejército Popular, un técnico no quería decir nunca un ser privilegiado, que vive en su torre de marfil, sin ocuparse de los que más abajo de su alta distinción conviven con él. Jovial e ingenioso, hace efímeras las horas que en la lucha se pasan a su lado. Severo y disciplinado para la función que se le tiene encomendada, se hace obedecer, obedeciendo. Todo su talento y su capacidad, al servicio del pueblo. Es, así,—diríamos a los desorientados visitantes de nuestra Es-

paña leal,—como concibe el pueblo español su gran Ejército Popular; con hombres, como los que hoy están en los puestos de responsabilidad de nuestra guerra, compenetrados con el espíritu que anima la gesta del pueblo, y conscientes de la repercusión que en el exterior alcanzan nuestras victorias o nuestros reveses, trabaja sin descanso, sin desmayos, con la vista puesta en la responsabilidad, contraída voluntariamente, como un soldado más, y como un jefe, tan exigente y severo para la disciplina como el que más sea, pero sin olvidar nunca que con el luchan y mueren, si es preciso, hombres que comparten sus mismos ideales, el noble y puro de la liberación de la humanidad.

Y, ya que hablamos de Verardini, diremos, que sobre su figura se ha escrito en el extranjero, mucho más en nuestro país. Su apellido quedó estampado en las revistas técnicas de guerra de países de lenguas bien distintas. A veces, el Mayor Verardini, era tema de conversaciones en lugar donde acostumbran a reunirse personalida-

des representativas de muchos gobiernos. La vasta red de espionaje con que cuentan los fascistas en el mundo entero, no siempre iba a servir para proporcionarnos dolores, por esta vez hizo, de vehículo para uno de nuestros mayores orgullos, el haber comprobado como los hombres que salen del pueblo, y a los que el pueblo confía puestos de mando o dirección, hacen honor a sus compromisos con tanta fé, como el Mayor del Cuarto Cuerpo de Ejército, hasta cubrirse de fama ante propios y extraños. Así son los hombres de nuestro glorioso Ejército Popular.

También en el mar, los hijos del pueblo colman las gestas de la abnegación y del heroísmo.



Marinos: en las gaviotas de vuestros buques, en las bocas de vuestros cañones están los nidos de la victoria; sobre todos los mares de Iberia, sobre mares lejanos, habéis dado vida al heroísmo del pueblo en lucha por sus libertades; sobre vuestros rumbos han cruzado los submarinos y los cruceros y junto a vuestra estela han caído innúmeros disparos que intentaban cerraros el camino de España para abriros la senda hacia la muerte, hacia los abismos sin fondo que cubrían las aguas azules; y siempre, en toda ocasión, en todo momento, iluminados por la fé en la victoria del pueblo, combatiendo o siguiendo vuestro camino, habéis sabido cumplir hasta el fin con vuestro deber.

Los trabajadores españoles os deben a vosotros trabajadores del mar, amplio tributo de gratitud y de admiración; si ellos cerraban el paso a las tropas fascistas tierra dentro, en la meseta castellana, en los valles aragoneses, vosotros marchábais por la llanura sin fin de los mares a cumplir el deber que vuestra patria os había encomendado.

Cuando vuelva la paz, cuando haya llegado el momento de que cada uno ocupe en la gesta española el puesto que le corresponde, vosotros podréis reclamar y obtendréis en verdad el lugar que merecéis. Y junto con la satisfacción del deber cumplido, tendréis también la admiración y el agradecimiento de todos los trabajadores españoles.

Nociones de Guerra Química

UN POCO DE HISTORIA

por LIBERRIMO



En un día de viento inseguro o fuerte no podemos atacar porque tendríamos el inconveniente, muy grande en este caso, de que, o se esparciría con mucha rapidez, volatilizándose en seguida el agresivo y así anular casi sus efectos, o, debido al cambio frecuente de la dirección del aire, nos expondríamos a que el gas fuera arrastrado hacia nuestras propias líneas. Tampoco lo podemos emplear cuando el calor sea excesivo, ya que las altas temperaturas descomponen en parte casi todos los agresivos químicos. Lo propio nos sucedería si lo intentáramos en un día de lluvia, pues ésta los descompone todavía con más rapidez que el calor. Así que para llevarse a efecto un ataque de gas hay que esperar el día propicio, casi hecho a la medida. Luego hay que tener en cuenta la importancia del frente que se pretende atacar, porque si la guerra química es muy cara merece una preparación mucho más compleja que la de metralla, no vamos a atacar con esta clase de agresivos a un frente cualquiera: lo tendremos que hacer en una operación de gran envergadura o cuando nos veamos obligados a abandonar una posición que, por su situación estratégica, merezca la pena de ser conservada, o para detener el avance del Ejército contrario. En este caso se suelen emplear agresivos de efectos inmediatos, tales como estornutatorios o lacrimógenos. Si queremos neutralizar una zona con el fin de que el Ejército enemigo no pueda ocuparla, se suele em-

plear la iperita, ya que ésta, por su gran persistencia en el terreno, suele durar sobre él hasta seis meses, y para contrarrestar sus efectos no basta la careta, sino que necesitamos ir provistos de unos trajes especiales de caucho, a más de que una compañía especializada antes desimpregne el terreno afectado, y aun así no podemos pasar sobre él hasta después de haber transcurrido por lo menos veinticuatro horas, ya que, al descomponerse, la iperita se transforma en otro agresivo también de gran toxicidad. En estas condiciones no hay hoy Ejército alguno que esté lo suficientemente preparado y equipado para poder luchar dentro de una zona iperitada ni que la atraviese sin sufrir los efectos de la misma. Por lo tanto, no está dentro de lo probable que se emplee este agresivo, tanto por lo caro que resulta como por la gran cantidad que se necesita para impregnar una zona relativamente pequeña, debido a la gran consistencia de este líquido, así cuanto a la dificultad que supone combatirla.

Así, pues, para llevar a cabo una agresión por medio de la guerra química se puede hacer:

1.º Por medio de aparatos proyectores, que suelen consistir en colocar baterías de 6, 9 y 12 tubos que, colocadas previamente en las trincheras, se combinan sus llaves por medio de un dispositivo eléctrico, haciéndose de este modo la emisión simultánea y en gran escala, ya que la cantidad de cilindros suele ser muy grande, pues en ocho minutos se obtiene una nube equivalente a la que produce la artillería de una división entera durante medio día. Estas nubes, más pesadas que el aire, avanzan rastreando como en líquido y se meten por las cavidades, trincheras y sitios bajos en general. Para estos casos la velocidad ideal del viento es la de tres a cuatro metros por segundo. Dentro de la zona atacada, si la nube no es compacta, hay islotes que favorecen al enemigo, elevando su

moral. La ola marcha arrastrada por el viento y no es uniforme, puesto que la velocidad del aire es mayor por arriba que por abajo, distinguiéndose así en la nube la cabeza, cuerpo y cola; la zona central es mortal. Si se hace el ataque en un kilómetro y avanza normalmente, la cabeza y la cola son paralelas, no así las líneas de los costados, los cuales avanzan formando un ángulo de 15° con la normal, lo que hay que tener en cuenta para saber la anchura de la nube a determinada distancia. Para un frente de un kilómetro hacen falta 5.000 cilindros, con un peso aproximado de 250 toneladas de material bélico. Si queremos calcular para saber si a determinada distancia el gas pasará, lo hemos de hacer a base de un ángulo de 20°, llamado ángulo de seguridad. Estas son las llamadas emisiones en frío; las emisiones en caliente dan los humos. Estas se hacen con una esfera que en una parte tiene óxido cálcico y en otra ácido sulfúrico, siendo el frío el encargado de producirlo. Una buena fórmula también para producir cortinas de humo es la llamada «Berger», que consiste en mezclar 25 por 100 de polvo de zinc, 50 por 100 de tetracloruro de carbono, 20 por 100 de óxido de zinc y 5 por 100 de silicio.

2.º Otro procedimiento para lanzar gases es por medio de obuses. Hay dos clases de éstos: unos que los líquidos van mezclados y otros que van separados, siendo éstos exclusivamente cuestión química. También hay obuses que se cargan en la misma línea. Por regla general, los proyectiles cargados con agresivos químicos suenan bastante menos que los de metralla; además, van marcados todos ellos con una cruz que es de un color distinto, según la clase del agresivo.

Para el grupo de los sofocantes es verde; para los vesicantes, amarilla; para los estornutatorios, azul; para los lacrimógenos, blanca, y para los tóxicos, roja.

Hay obuses que forman nubes y que se pueden hacer en el mar o en tierra para impresionar al enemigo. Desde luego, siempre que se vea una cortina de humo se debe poner la careta como precaución porque combinado con ella puede venir una emisión de gases.

Con agresivos químicos se puede atacar también por medio de la aviación, morteros y granadas de mano.

Se nota un proyectil de gas a otro de metralla porque el cargado de agresivos químicos tiene un sonido mucho más apagado.

La clasificación de los gases se hace:

- 1.º Por su naturaleza (gaseosos, líquidos y sólidos).
- 2.º Por su actuación sobre el terreno (fugaces, semipersistentes y persistentes).
- 3.º Por su actuación sobre el organismo (sofocantes, vesicantes, estornutatorios, lacrimógenos y tóxicos).

La táctica de los fugaces es por sorpresa. Los semipersistentes, contra trincheras, depósitos, etc. Los persistentes, contra la artillería y para neutralizar un terreno, como en casos de retirada.

Las bombas de aviación admiten mucha más carga que las de artillería, y en ellas un 65 por 100 del espacio se puede utilizar para el agresivo, y el 30 por 100 restante, para el explosivo.

Según cálculos hechos, 500 kilogramos de fosgeno hacen morir a los ocupantes de una casa, aun con la careta puesta; en una calle forma una nube de 105 metros cúbicos, de donde tampoco se salva nadie. La defensa contra esta clase de ataques puede hacerse:

- 1.º Lucha antiaérea.
- 2.º Organización de personal auxiliar para que los colindantes de la nube se puedan salvar; y
- 3.º Llevar al enemigo la convicción de que, a un ataque así, se le corresponderá igualmente.

(Continuará)



Las democracias junto al abismo. Francia comienza a recibir los ataques del fascismo

Muchas, innumerables han sido las veces que desde estas columnas se ha enfocado la cuestión internacional. Incluso, en ciertas ocasiones, hemos llegado a escribir desahogadamente — de la actualidad española, de las circunstancias por que la guerra nos hace atravesar y qué, lógicamente, influyen de una manera preponderante, más aún, decisiva, sobre nuestra manera de pensar. Y siempre, incluso cuando hemos conseguido hacer abstracción de nuestros propios problemas de nuestra guerra, hemos afirmado repetidamente, una y otra vez, las consecuencias trágicas que va a tener para todas las democracias europeas, y quien sabe si del Mundo entero, la política incierta, titubeante y miedosa que esas democracias han venido y vienen realizando en el orden internacional.

Y hoy la realidad patente, completamente segura y que ha saltado a la actualidad de todos los periódicos del Mundo es que no estábamos equivocados al hacer las predicciones que hacíamos y al pensar de la manera que pensábamos.

Efectivamente: en Francia, en la democrática Francia, pero también en la titubeante y medrosa Francia, se ha comenzado a descubrir complotos y organizaciones de corte netamente fascista, que con toda seguridad no son más que los hilos de una enrevesada y tenebrosa madeja que aspira a desencadenar sobre la vecina República una contienda en un todo semejante a la que se está librando en los campos españoles.

Esos militares comprometidos, esos aeródromos y esos centros militares en los que se tramaba la conjura, esos depósitos cuantiosos de armas y municiones que se han descubierto, no son más que los cabos terminales de una organización subversiva y fascista que afila sus garras pa-

ra clavarlas en el corazón de la Francia republicana y proletaria y que pretende someterla al yugo de nuevas tiranías.

Y, si eso es así, cuando la lucha ruga sobre los campos españoles, cuando la contienda se presenta cada día más dura, más gigantesca que nunca, ¿qué ocurriría si ésta se hubiera decidido a favor de Franco? ¿Cuál sería la situación de los trabajadores franceses si en España llegase a dominar una dictadura fascista, sumisa servidora de los intereses imperialistas de Italia y Alemania? La respuesta es por demás clara para que el proletariado francés tenga la menor duda, la menor vacilación. Sobre él pesa la amenaza de una tiranía formidable, de una dominación profunda. Y debe necesitar decidirse a actuar de una manera rápida y eficaz. Si quiere subsistir, si no quiere verse sumido en las tinieblas de la desesperación y de la muerte, es imprescindible que se opere en su seno una reacción inmediata y enérgica. Tiene que actuar aplastando a sus enemigos internos y prestando a los trabajadores españoles toda la ayuda que esté a su alcance, para que salgan victoriosos, rotundamente victoriosos, de la contienda en que se encuentran empeñados.

Todo lo que no sea esto, es favorecer los planes del enemigo común, que en la pasividad y en la transigencia de los trabajadores, de los humildes, encuentra sus mejores aliados.

Que los últimos descubrimientos de Francia sean un toque de atención que despierte de una vez las adormecidas conciencias de los trabajadores de todo el Mundo. Y que se convenzan también todos nuestros hermanos de clase que en España no se ventilan únicamente los destinos del pueblo español, sino los destinos de todos los pueblos del Mundo.

El fascismo emprende una gran ofensiva internacional

El fascismo, encallejado en el camino de provocación que ha emprendido desde hace algunos años, continúa sus actuaciones achuladas en el orden internacional, cada vez con más bríos, con más jactancia y con un más marcado sentido de irresponsabilidad y de despreocupación. No es ya la aventura italiana en Abisinia; no es ya la intervención descarada a favor de los rebeldes españoles; es que en Europa, en Asia y en América se advierten síntomas claros que anuncian que el fascismo se prepara para llevar a cabo una ofensiva a fondo contra todas las democracias; más aún: que el fascismo se ha lanzado ya a esa gran ofensiva. Aunque guerra abierta existe solo en China y en España, la guerra sorda de los complotos, los golpes de Estado y las presiones diplomáticas se han extendido por toda la faz del Mundo.

Aquí tenemos el golpe de Estado en el Brasil, el complot recientemente descubierto en Francia, la "penetración" alemana en Dantzig, las intrigas, alemanas también, alrededor de Checoslovaquia, las presiones sobre Austria, las reclamaciones de colonias, las agitaciones nacionalistas en Palestina y en el Marruecos francés... No cabe la menor duda, no puede haber la menor duda, de que el fascismo toma posiciones para actuaciones de gran envergadura contra la democracia y la libertad, contra todos los hombres libres del Mundo; y más aún contra todos los revolucionarios.

¿Cuál es, en contrapartida, la actitud de las democracias? ¿Cómo intentan cerrar el paso a las pretensiones fascistas?

¿Como reaccionan ante sus provocaciones? Las respuestas a estas preguntas no pueden ser más desconsoladoras. La actitud de las democracias es medrosa y vacilante; nada intenta más que "ir tirando". Y no se opera en el seno de sus Gobiernos otra reacción que el pánico. La transigencia mansa y cobarde es la tónica general. Nada importa que los pueblos de los distintos países hayan advertido claramente el peligro e intenten obligar a sus Gobiernos a conductas claras, a acciones decisivas que pudieran todavía impedir la gran catástrofe que se avecina y que será irremediable si todas las Organizaciones proletarias no se deciden—y esto rápidamente, urgentemente—a obrar por cuenta propia y a poner en práctica la utilización de los medios coercitivos—de los formidables medios coercitivos—que tienen a su disposición.

Y, entre tanto, el fascismo continúa su labor sorda, su gran ofensiva internacional contra la paz y la libertad.



TACTICA

Prólogo

por el

Mayor

VERARDINI

No ignoro en modo alguno la audacia que supone el lanzar a la opinión militar española un libro con más o menos pretensiones científicas; no obstante, amparándome en la benevolencia con que sé que mi obra ha de ser acogida, en gracia a la buena intención con que está escrita, me decido a aventurarme en esta empresa, muy superior a mis fuerzas y conocimientos.

Es mi deseo al lanzar estas líneas a la publicidad, no el senlar doctrinas ni exponer nuevas teorías, ni aun siquiera hacer otra obra más que pueda parangonarse con las muchas y excelentes que hay ya editadas, sino el vulgarizar algunos conocimientos generales extraídos de diversos libros, así como los modestos adquiridos por mí durante los catorce meses de guerra.

Existe también en mí otra finalidad, que es el deseo de hacer que otros, que se encuentran con más capacidad y conocimientos que yo, vean en esta modesta obra un ejemplo a seguir y lancen a la publicidad obras o publicaciones que sean pan espiritual tan necesario para nuestros combatientes, a fin de que todos podamos capacitarnos cuanto sea posible para las necesidades futuras de nuestro Ejército.

Para esta obra me he inspirado y basado en teorías de todos los matices, en obras de todas las tendencias, en autores muy diversos, y he ido adaptando a la realidad de nuestra

etnología, de nuestra configuración geográfica y de nuestro atavismo histórico y racial, diversas opiniones técnicas diferentes, a fin de que puedan ser más fácilmente comprendidas por quienes lean estas líneas.

Finalmente, quiero comentar la afición al estudio, poniendo o intentando, al menos, poner al alcance de todas las inteligencias, en forma lo más breve y sencilla que sea posible, algunas ideas generales y de aplicación táctica elemental que se les han de presentar a nuestros oficiales en la resolución de los diarios problemas de la guerra.

I

GENERALIDADES

«La victoria se entrega siempre a quienes la merecen por su más potente voluntad e inteligencia» (1).

FOCH.

Foch, el gran maestro francés, nos asegura que el jefe, para obtener cualquier éxito, tiene necesidad de operar y condicionar esta acción a que quiera, sepa y pueda obrar.

El hecho de que quiera es, a mi modo de ver, fruto de una serie de valores morales y de capacidad de voluntad, unida a una serie de virtudes, cualidades y facultades, que son precisamente las que caracterizan a un jefe como hombre digno de ostentar tal título. A la formación de jefes que sepan querer a tiempo y mantener su decisión, aun en contra de las circunstancias y de los propósitos del enemigo, debe tender toda nación que quiera preocuparse de la potencialidad de su Ejército; al cultivo y desarrollo de estas facultades morales deben inclinarse un gran número de esfuerzos y deben dedicar preferente atención, en primer término, los mismos interesados, quienes deben darse perfecta cuenta de la responsabilidad histórica que les cabe al haber sido designados para un puesto jerárquico cualquiera, que deben desempeñar con el

máximo de utilidad para su patria.

Para que sepa obrar es preciso que el jefe tenga una elevada capacidad técnica. En esto solamente puede ayudarle el estudio y la capacitación metódica, no sólo de él mismo, sino de los órganos auxiliares y de los jefes de él dependientes. A elevar esta capacidad técnica, este nivel medio científico-militar, deben inclinarse las Escuelas Normales y Superiores, las Facultades, los cursillos y los escritores científicos, poniendo muy en lo alto su mirada, haciéndoles ver la trascendencia enorme que tiene para ellos y para el Ejército en general el aumento de todos los conocimientos que más o menos directamente se relacionan con su profesión.

El jefe que tiene el mando de una unidad superior debe preocuparse en gran manera del estudio de las ciencias históricas, especialmente de las historias militares. Dice Ludendorff que todos los que critican al Mando harían bien, si ellos no lo han ejercido durante la guerra, de estudiar, en primer término, la historia militar. Yo desearía que tuviesen que dirigir por sí mismos una batalla. La incertidumbre de la situación y las enormes exigencias les harían retroceder ante la magnitud de la empresa y les harían más modestos. No hay más que un caso, que es el jefe de un Estado cuando decide una guerra, que tenga una misión más penosa que la de un Mando supremo; pero hay que tener en cuenta que esta misión, dura y difícil, es tomada de una sola vez, mientras que la misión del conductor de batallas es de todos los días, de todas las horas, de todos los momentos, con una insistencia y dificultades verdaderamente abrumadoras.

El jefe necesita tener nervios muy sólidos para poder mantener un raciocinio claro y lúcido en todos los instantes, aun en los más difíciles.

Para un profano, la guerra se aparece generalmente como una operación aritmética de unas magnitudes dadas, y, sin

embargo, puede afirmarse que la guerra es cualquier cosa menos esto.

Es, como ha sido muy bien definida, un hecho social brutal y violento, que no está sujeto a reglas fijas.

Tiene en sí unos principios inmutables que le dan fundamento científico para ser estudiada con arreglo a una disciplina lógica como los demás; pero es también una lucha enorme entre fuerzas desconocidas de orden físico y moral que le impiden la aplicación exacta, como una fórmula algebraica, para la resolución de un problema táctico o estratégico.

Saber tomar decisión es, pues, de acuerdo con lo expuesto anteriormente, extremadamente difícil. Recuerdo a este respecto el asombro que le produjo al comandante Valdivia, agregado militar durante la guerra en Alemania, la contestación de Ludendorff, en octubre de 1914, cuando, en una visita oficial a Posen, le preguntó si el plan de la batalla de Tannenberg era fruto de un estudio minucioso y lento que había sido hecho con anterioridad. Ludendorff le respondió: «Una concentración puede y debe ser estudiada y preparada con cierto tiempo.» Las batallas en los frentes estabilizados también deben ser preparadas cuidadosamente; pero en las guerras de movimiento y en las batallas de la guerra





de movimiento, especialmente cuando un frente se derrumba, la visión que el jefe ha de tener del momento debe ser rápida. Debe decidir casi impulsivamente. Entonces el oficio militar se convierte en arte.

¡Cuánta ciencia se encierra en estas cortas líneas! Saber, ser científico a tiempo y artista genial, imprimidor de un sello personal a la batalla, cuando ésta se salga del cauce normal y diario, es lo que caracteriza a un jefe militar capaz de obtener grandes triunfos.

Una vez que el jefe quiere y sabe obrar, es preciso también que pueda. Las fuerzas humanas son limitadas y no se puede pensar en ejecutar acciones desproporcionadas con la capacidad que se tenga disponible. Por tanto, el jefe que consideramos ya capaz de querer y saber cumplir una misión que le ha sido impuesta o fruto de su propia iniciativa, debe atender, antes de realizarla y llevarla a la práctica, a este tercer factor. En el elogio de Napoleón se leen estas palabras de Sieyès: «Sabe hacerlo todo, puede hacerlo todo y quiere hacerlo todo.» Afirma Charles Le Goffie en «Mis conversaciones con Foch» que «estas cualidades están tan estrechamente ligadas, que el querer (y se pueden invertir los términos) supone saber e implica poder». Pero esto que es posible quizás en algunas ex-

cepciones de hombres que se han destacado como genios de la guerra, no supone en modo alguno que sea fácilmente realizable por todos los que tienen mandos más o menos elevados. El querer es la facultad que está maravillosamente bien traducida por la frase de nuestros reglamentos: «Voluntad de vencer.» Recordemos la frase de Napoleón: «Se tiene una idea poco exacta de la fuerza de alma necesaria para librar, habiendo reflexionado con respecto a sus consecuencias, una de esas grandes batallas de las que depende la historia de un Ejército, y de una país, la posesión de un trono» (1).

«Si la guerra, desde el punto de vista más elevado de nuestra voluntad, más o menos potente...» (2), veremos que juzga en «La conducción de la guerra», como condición precisa, la busca constante del ascendiente moral para imponer su decisión, su sentencia al adversario, creyendo que con esto se consigue ya una verdadera victoria moral sobre él.

Es preciso también, para saber aumentar la capacidad de instrucción hasta el último límite posible, ya que es un principio inmutable, que la victoria pertenece a los ejércitos que manobran, es decir, a los que están más y mejor instruidos. Es también un error el creer que la gravedad de las situaciones trae consigo la luz y conduce a la feliz improvisación; por el contrario, oscurece en general las inteligencias más claras. Para hacer la guerra, e incluso para comprenderla, es preciso de antemano tener facultades científicas y estudio suficiente para ello. Foch, en otra ocasión, también nos dice que la realidad del campo de batalla es que en él no se estudia; simplemente se hace lo que se puede para aplicar lo que se sabe. De consiguiente, para poder un poco es necesario saber mucho y bien.

Willisen afirma que para poder es condición previa y precisa el saber, ya que, aunque hay distancia del saber al poder, el salto no se da partiendo de la ignorancia, sino, por el contrario, del conocimiento, y el saber es condición necesaria, da pronto convicciones, confianza, facultad de decisión esclarecida; crea, en una palabra, el poder de obrar; hace los hombres de acción, en él reside el desarrollo del carácter.

Cuando un hombre de guerra—dice el general De Pencker—tiene el sentimiento íntimo de su conocimiento, cuando sa-

be que por medio de la instrucción que ha adquirido podrá orientarse fácilmente en circunstancias muy difíciles, su carácter se afirma, adquiere la facultad de tomar en un momento dado una resolución neta y de ponerla prácticamente en aplicación.

En cambio, todo aquel que se sabe ignorante y juzga que en cada momento necesita tomar consejos de los demás, permanecerá siempre indeciso.

Indudablemente, las condiciones de carácter son las primeras y más necesarias en un hombre de guerra; pero ¿a dónde podrá conducirlo su energía si no está lo bastante instruido para conocer cuál debe ser su objetivo y cuáles son los caminos que a él le conducen?

Por esto es preciso cada día más, especialmente en la guerra moderna, añadir al culto de las dos abstracciones del dominio moral el deber y la disciplina, el culto al saber y el razonamiento. Los medios que son necesarios para poder exigen, ante todo, el contar con una organización potente y completa.

No olvidemos que en todo arte saber las reglas no basta; saber no es sinónimo de poder crear.

Para poder es necesario, en resumen, tener las cualidades intelectuales y morales que hemos apuntado anteriormente: inteligencia, juicio y carácter y, además, contar con los medios materiales necesarios para la acción.

«El poder, como arte de conducir las tropas, debe dar a los actos de la guerra una forma fecunda que sólo pueden garantizarle un seguro juicio, una firme voluntad.» (Von Scherf.)

Moltke cree también que un general que toma en cada caso, si no la mejor disposición, al menos una acertada, tiene muchas probabilidades de conseguir su objetivo, y esto podrá conseguirlo fácilmente si ha desarrollado prácticamente las cualidades de su espíritu y de su carácter.

Como resumen de todas estas condiciones que son precisas, a juicio de grandes estrategas, condiciones previas para la consecución de los objetivos militares, dice Foch: «Para querer, saber y poder: ¡Trabaja! Trabaja constante y metódico, aprender a pensar.»

La pereza del espíritu lleva a la indisciplina y a la insubordinación. La incapacidad y la ignorancia no son circunstancias atenuantes, puesto que el saber está al alcance de todos los que lo buscan.



Aun los mismos genios de la guerra — Napoleón, por ejemplo —, con una capacidad de trabajo verdaderamente asombrosa, afirman que no es una inspiración súbita y secreta la que dice lo que tiene que hacer en cada caso; es la reflexión y la meditación las que le conducen a tomar su decisión, basada en un profundo estudio del terreno y de las circunstancias en las cuales va a operar. Y si esto es así, en la ausencia de un genio de la guerra no se puede esperar obtener los medios necesarios para conducir racionalmente a esta gran empresa sino en un cuerpo de oficiales capacitados por el método, el trabajo y la ciencia, animados de un mismo espíritu y obediendo a la misma disciplina intelectual.

Para la guerra es necesario trabajar gota a gota; pensando sin cesar, reflexionando sin cesar, meditando sin cesar. Concentración constante del espíritu, concentración constante del pensamiento, busca constante de las ideas.

(Del libro próximo a publicarse)





Encorvados bajo el látigo...

Han soñado siempre los tiranos de todo el mundo, contemplar a quienes han tenido la desgracia de vivir bajo la férula cruel e inconsciente de su dominación, vejados en su dignidad, doloridos en sus carnes, encerrados en la desesperación insufrible del silencio cuajado de miseria y de dolor.

Encorvados bajo el látigo...

Se verán todos los hombres de la tierra que no tengan el coraje suficiente y necesario, para alzarse en airada rebeldía contra aquellos déspotas, que al socaire de mentidas demagogias, sirven sólo de monstruosos testaferros tras los que se ocultan el gran capitalismo, la tiranía del oro, que hace de los pueblos rebaños mansos con los que pueden cometerse las más indignas tropelías.

Encorvados bajo el látigo...

Quisieran Franco y sus servidores ver a los proletarios españoles, a los humildes que arrancaron de entre las manos de sus amigos de casta, las armas en el ya casi lejano y glorioso julio de 1936.

Encorvados bajo el látigo...

Es como nunca más volverán a vivir los trabajadores españoles. Y esto, porque tienen entre sus manos las armas, y en su corazón el coraje para vencer. Para lograr la más rotunda y definitiva de las victorias.